

LOS LIBROS

Rugendas, pintor romántico de Chile, por TOMÁS LAGO.

Ediciones de la Universidad de Chile, 1960.

Por mucho que los historiadores quieran objetivar los hechos pretéritos, habrá siempre, implícitamente, una interpretación personal que anulará o restringirá sus intenciones. Si así sucede en el plano de los acontecimientos de significación y trascendencia, y por tanto más estudiados y conocidos, qué de alteraciones o divergencias no ocurrirá cuando el propósito del historiador es describir costumbres, reacciones individuales, actos menudos del vivir diario, de todo aquello sin fuentes directas donde informarse.

Hemos creído que la mejor manera de captar el alma del pasado se logra a través de las creaciones artísticas, de la obra en que el escritor, escultor o pintor cogió el matiz esencial y sugerente que revela las condiciones anímicas y peculiares de una persona o de un pueblo.

En las historias oficiales se dan los hechos definitivamente establecidos. Es la que se enseña en los colegios y se reverencia públicamente. La historia la hace el historiador, y por tanto, está en un constante rehacerse. Como reverso de la historia oficial, existe la que no se fundamenta en las llamadas "fuentes fidedignas", que no tiene el carácter narrativo tradicional. Es la historia que surge imperceptiblemente de una crónica olvidada, de una página desteñida de un periódico, de un diario íntimo, de un libro de memoria, de un relato novelesco, de un cuadro, de un dibujo, de un edificio, de un puente, de ruinas en general. En todos esos retazos del pasado hay subyacente

una sutil vibración de un mundo extinto, impresa por el espíritu del artista. A esa historia sólo pueden llegar quienes poseen como éste sensibilidad e intuición para ver y ahondar en las profundidades misteriosas animadas por el creador.

Esa es la labor realizada por Tomás Lago al revivir los sucesos protagonizados por el pintor alemán Juan Mauricio Rugendas durante su permanencia de diez años en Chile. Para dar mayor relieve y como testimonio de la importancia del artista alemán se acompañan al texto reproducciones de algunos de los numerosos cuadros y dibujos de Rugendas en los cuales se representan aspectos de la naturaleza chilena, personas de la época —Rugendas estuvo en nuestro país entre 1834 y 1844— y escenas populares de las más típicas de ese momento auroral de nuestra vida republicana.

No hace Tomás Lago una mera enumeración de los hechos de la inquieta y azarosa existencia del pintor tudesco. Conjuntamente con la relación detallada de los viajes de Rugendas, el escritor chileno revela los amores, quebrantos económicos, triunfos y fracasos, alegrías y dolores de su biografiado. De esta manera la personalidad de Rugendas llega a nosotros vitalizada con los rasgos reales e íntimos de su existir físico y anímico. No se trata, tampoco, de una biografía novelada. El propósito de Tomás Lago, ceñido a rigurosa información, es el de presentar a Rugendas dentro del clima geográfico y social en que discurrió su estancia en Chile. De la narración surge ese hálito vital de quien recrea lo inerte. Lo que en manos de un historiador atenido exclusivamente al dato cierto no habría pasado de una fría crónica humana, en la pluma de Tomás Lago se transforma en un relato donde el protagonista y los personajes que le rodean actúan con la naturalidad y animación que tuvieron mientras vivían, por lo cual captamos y percibimos sus palpitaciones y reacciones.

La frase que Tomás Lago agrega al nombre de Rugendas en el título, de "pintor romántico de Chile", ha inducido a algún crítico a considerar que Tomás Lago cae en una contradicción. Se fundamentaría quien así piensa en la circunstancia de que los viajes de Rugendas a América estaban determinados por un interés económico inmediato, ya que su labor artística tenía

por finalidad un buen pago. Nos parece inaceptable tal punto de vista. No por estar Rugendas bajo el signo romántico de la época ni adherir a las modalidades de dicha expresión de vida y de arte, se exime de la ineludible necesidad de subsistir, es decir, de alimentarse, tanto más cuanto debía subvenir a los gastos de su familia en Alemania. Si bien muchos de sus cuadros y dibujos están trazados dentro del más puro realismo, o mejor dicho costumbrismo, exótico para Rugendas —tema de gran seducción para los románticos—, hay también numerosos de genuina inspiración romántica, en que la fantasía se dispara por los derroteros de lo fantasmal y absurdo. Así, “La resurrección de los muertos”, “Aquelarre de brujas”, “Cuando la razón duerme produce la imaginación monstruos”, “Odín”. Hay también otros de temas románticos como contribución a la moda del tiempo: “Werther”, “Byron”, “Carlos el tememario”, “Leonor, de la balada de Bürger”, “Lucrecia Borgias”, etc. Indudablemente, los dibujos y cuadros que más nos interesan son aquellos en que pintó personajes de entonces, costumbres típicas, presenciadas o imaginadas por él, hechos bélicos. Inolvidables, por su rigor expresivo e intención satírica, son “El huaso y la lavandera”, sobre todo el “Lacho”. De los que representan personas o escenas de la época están “Topeaduras”, “Arriero”, “Rodeo de huasos maulinos en los llanos de la Mariposa”, etc.

Temperamentalmente era Rugendas un romántico. El retrato psicológico que de él hace Tomás Lago corresponde a las condiciones propias del romántico: melancólico, tornadizo, enamorado, amigo de la aventura y de lo imprevisto, buscador de lo extraño y exótico, soñador. Ninguna de esas condiciones lo releva de las urgencias materiales a que ya nos referimos.

Como Rugendas poseía una gran cultura, muy superior desde luego a la que encontró en los personajes de América, su visión del mundo y de la vida no se restringió a determinadas técnicas pictóricas ni a motivaciones exclusivas. De ahí la amplitud de su registro de dibujante y pintor, de ahí la multiplicidad de enfoques de la realidad americana en cuanto a hombres y circunstancias. Por ser dueño de una amplia cultura, bebida en los centros humanistas de su patria y tener una sensibilidad fácil a todas las emociones, Rugendas se acomodó al

modo de ser de América, se encariñó con Chile, y acá ejerció, en cierta medida, ese magisterio sin docencia de quienes por sus calidades espirituales superiores saben adaptarse a los medios más heterogéneos, convivir con seres extraños y sobre todo influir, sin desearlo, por la sola presencia de su espíritu. Dice Tomás Lago que “detrás de la vida de relación en la sociedad chilena, se le encuentra dibujando, conversando, se siente su respiración cuando toma parte en el cambio de ideas que van y vienen”.

Que en Rugendas se daba un romántico no cabe duda. Sus amores apasionados, turbulentos, en que se sobrepone a la medida de una estrecha moral provinciana con resabios coloniales, son pruebas de su sentimentalidad exaltada. Recuérdese, en tal sentido, sus relaciones con doña Carmen Arriagada. Cuando se habla del romanticismo en Chile, se dice que los refugiados argentinos fueron quienes lo introdujeron. Pues bien, Rugendas, que se había empapado del nuevo movimiento en Europa, lo dio a conocer a sus amigos, muchos de ellos de nacionalidad argentina. “Efectivamente —escribe Tomás Lago—, Domingo de Oro, Juan Espinoza, Rafael Valdés y Godoy cerca de Rugendas llegaron a convencerse que a semejanza del pintor eran perseguidos por la suerte, pesaba sobre ellos un destino adverso y figuraban entre los elegidos. ¿Mimetismo retórico, solamente?, más que eso, a nuestro juicio. Es la penetración del virus romántico que se manifiesta en nuestra sociedad. En verdad la permanencia de Rugendas en Chile no podía pasar inadvertida en este orden de cosas. Y fue lo que ocurrió. Alrededor suyo un grupo de espíritus inquietos empezó a deleitarse con las nociones de la alta cultura y también con la literatura del momento que exaltaba en forma ilimitada el valor de los sentimientos, rompiendo con las normas establecidas” (págs. 68 y 69).

Ante la adversidad con que el destino lo iba estrechando, Rugendas decide regresar a Europa. Permanece un tiempo en París, luego se radica en su patria. Pero el artista estaba enfermo, desanimado, sin energías para reiniciar trabajos y aventurarse por la vida. Resultaron infructuosas sus peticiones de ayuda y reconocimiento a su labor artística. Encontró una Europa muy distinta a la que había dejado. Pasaba Europa

por una transformación social y nuevas tendencias artísticas se imponían. Y añoró a América. Se sintió un trasplantado en su propia tierra. Se casa cuando ya su organismo está vencido y aplanado su espíritu. Muere de un ataque cardíaco a los 48 años de edad.

Diez años permaneció Rugendas en Chile. Su legado ha sido rico en obras pictóricas. Deja en ellas testimonio del espíritu de una época de nuestra historia y deja también la emoción de su alma al trasluz de su presencia y de su palabra, de su simpatía y de su actitud gentil. Debemos, pues, estarle muy reconocido. Revivirlo y mostrar sus creaciones con ocasión del centenario de su muerte no sólo es un acto de justicia, sino también revela la madurez de un pueblo que sabe conservar y valorar la tradición cuando ella arraiga lozanamente y se proyecta en el futuro.

La labor de Tomás Lago de presentar al pintor alemán en las distintas etapas de su andar trashumante, enfocado en la atmósfera en que actuó, merece subrayarse por lo que este trabajo tiene de conocimiento y de difusión de un personaje de tan singulares calidades humanas y artísticas. Tomás Lago ha diluido la información erudita en su prosa de poeta de variadas tonalidades expresivas, a través de las cuales configura a Rugendas en el claroscuro de su vivir exaltado y vencido, triunfante en lo artístico y derrotado en lo económico. Para que esta armonía entre la prosa del autor y el biografiado sea más completa, el libro ha sido impreso con todas las excelencias tipográficas que requiere una obra de esta naturaleza.

MILTON ROSSEL.

Celda 2455, por CARYL CHESSMAN.

Los fenómenos, inquietantes entre todos, de la inversión y la subversión de la conciencia humana, han dado en todo tiempo motivos singularmente preciosos para la creación literaria. Un hecho a veces desprovisto de relieve aparente, de perfil espe-luznante, ha permitido al escritor la gestación de una obra no-